

El padre Gapón y el “Domingo rojo”

Luis Pasamar



«A primera vista parecerá extraño que se hable de batalla cuando los obreros, desarmados y en actitud pacífica, iban a entregar una petición. En realidad fue una matanza».

Lenin:
La batalla de Petersburgo.

El primer gran movimiento de masas ruso que pasó a la historia con el nombre de «Domingo rojo» fue organizado y dirigido por un capellán de prisiones, el padre Jorge Gapón, que de oscuro sacerdote se convirtió de la noche a la mañana en líder «revolucionario».

La incidencia de esa luctuosa jornada y del padre Gapón en particular, se dejarían sentir en la socialdemocracia rusa.

CON esa primera huelga general obrera, Trotski vio confirmado su análisis del proceso revolucionario ruso. Y Lenin, bajo el impacto de esos sucesos y su trato con Gapón, se entregaría por una parte al estudio de la técnica militar —leía a Clausewitz con fervor—, y por otra, rectificaría su postura respecto a los campesinos modificando su programa agrario. El joven Trotski precipitó su proyectado viaje a Rusia; a fines de febrero estaba en Ucrania desarrollando una intensa actividad conspirativa que le llevaría en octubre a ocupar la presidencia del primer Soviet de Petersburgo.

Hijo de campesinos ucranianos, no tan pobres como él da a entender en sus **Memorias**, el joven sacerdote que se instala en Petersburgo huyendo la sordida vida eclesiástica de provincias, pronto manifestó un vivo interés por los problemas sociales. Estudió de cerca las condiciones de vida y de trabajo de los obreros, granjeándose la confianza y la estima de muchos de éstos.

Por aquel entonces, en 1903, Gapón apenas ha cumplido los 30 años de edad. Es un hombre vigoroso, serio, energético, hermoso, con grandes dotes de orador y gran capacidad organizativa. Además, y tal vez en ello radique la razón de su rápido ascenso en los medios influyentes de la sociedad de Petersburgo, es un hombre acosado por las necesidades materiales y sumamente ambicioso.

En su juventud tuvo a un profesor tolstoyano; de él heredó cierta pureza cristiana, cierta inegable inclinación a ayudar a los más desheredados. En la capital descubrió la acción sindical. Y en su acción social trató, no siempre con los escrupulos tolstoyanos que cabría esperar, sintetizar ambas posturas.

Pronto convenció Gapón a sus superiores de sus aptitudes para manejar a los hombres. Su experiencia en los suburbios obreros y los resultados obtenidos como capellán de prisiones eran buena prueba de ello. Adelantándose a las advertencias del primer ministro, conde Witte, el padre sostendía la necesidad de introducir rápidamente ciertas mejoras en las condiciones de vida de los trabajadores si se quería evitar una revolución.

La obra social que Gapón realizaba por su cuenta, coincidía en las intenciones, con el carácter de la penetración en el mundo del trabajo que llevaban a cabo los agentes de la Okrana con vistas a sustraer a los trabajadores a la influencia de los movimientos revolucionarios.

El padre comprendió de inmediato que la acción abierta y descarada de la policía en el mundo obrero no daría buenos resultados, y



Las autoridades zaristas concibieron un plan maquiavélico: crear una organización proletaria legal, autorizada, cuya dirección y orientación dependería naturalmente de sus dictados.
(Corporaciones obreras desfilando ante el Palacio de Invierno, octubre de 1905, en San Petersburgo.)

que sería mucho mejor crear centros obreros de tipo cultural con él como jefe y consejero espiritual. La aprobación material de su proyecto se vio truncada por la muerte violenta de Plehve, ministro del Interior.

Gapón mantuvo estrechas relaciones con el jefe todopoderoso de la policía política, Zubátof, del que reconoce haber aceptado sumas de dinero. Zubátof había iniciado una experiencia sindical en Moscú, dirigida por agentes de la Okrana. Hasta entonces, los resultados, según decir del jefe de policía, eran satisfactorios. Se trataba, con esta acción, de sustraer a los trabajadores a la influencia de los partidos extremistas. El gobierno no podía permanecer insensible a la suerte de la clase obrera y tenía que combatir a los partidos políticos y a los intelectuales que llevan por «malos derrotistas» a los ingenuos obreros. Esta era, en síntesis, la postura de Zubátof.

Los fines del nuevo sindicato eran puramente reformistas. Se trataba de organizar veladas culturales y de recreo; charlas, juegos de ajedrez. Apartar a los trabajadores de las tabernas, inculcarles ideas patrióticas y religiosas,

fomentar timidos derechos y deberes en los trabajadores, y desarrollar una actividad de tipo gremial al margen de toda acción política.

Estos conceptos, por moderados que hoy nos puedan parecer, eran considerados como revolucionarios por los sectores más retrógrados del zarismo, quienes estimaban que la más mínima reforma liberal abría la puerta a la revolución. En un principio, la clase obrera, no viendo otra forma de acción, aceptó con buenos ojos el proyecto sindical del capellán. En sus **Memorias**, Gapón cuenta, con acento harto sincero y conmovido, las lamentables condiciones en las que viven los obreros de la fábrica Putilof, uno de los centros metalúrgicos más importantes del imperio y que en el 17 se convertiría en un bastión de la Revolución de Octubre. Angostos barracones rodean los talleres de la inmensa zona industrial, aplastada durante todo el año por una densa bruma gris e irrespirable, barracones en los que se hacinan, en la más completa promiscuidad, varias familias de trabajadores, ya que una familia sola no puede costear el exiguo alqui-

ler. Los hombres, tras 12 y hasta 15 horas por día de trabajo agotador, se refugian en los bares.

Desde principios de siglo el movimiento revolucionario había arreiado seriamente. En el 1901 se fundaba el partido socialista revolucionario, heredero de la tradición nihilista y populista, que desarrolló desde su fundación una vasta campaña de atentados; en el 1902, un joven estudiante daba muerte al ministro del interior Sipiaguin; a finales del 1904 caía von Plehve, el famoso y cruel sucesor de Sipiaguin, en 1905 era ejecutado el gran duque Sergio, gobernador de Moscú.

Los socialdemócratas, que desde el 1903 se habían constituido en partido, desarrollan una intensa obra de capacitación y proselitismo en los medios obreros, introduciendo clandestinamente en el país, miles de periódicos, folletos, libros y todo tipo de propaganda. Los contrabandistas profesionales que actuaban en las zonas fronterizas, particularmente en las de Polonia, tenían asegurada su actividad a lo largo del año.

También la literatura libertaria penetraba en la fortaleza zarista, como indica el propio Gapón, quien recibió de manos de Zubátof unos folletos de Kropotkin para que le sirvieran de base informativa.

Ante la rápida extensión que alcanzaba el movimiento revolucionario a partir de 1900, extensión que no dejaba de preocupar al gobierno, y considerando éste insuficiente los medios de defensa y represión, las autoridades concibieron un plan maquiavélico: crear una organización proletaria legal, autorizada, cuya dirección y orientación dependerían naturalmente de sus dictados.

«El zarismo», escribe un historiador y testigo ocular de estos sucesos, «aplicaba así un doble juego ofensivo: atraer hacia sí las simpatías y el reconocimiento de los trabajadores, al desviarlos de los partidos revolucionarios, y conduciría a la clase obrera hacia donde más le conviniese, vigilándola de cerca» (1).

La ejecución de semejante **programa** exigía hombres de absoluta confianza y además que fueran hábiles, sagaces, conocedores de la psicología obrera, audaces, capaces de ganar la confianza y de imponerse. La elección gubernamental se decidió finalmente por una agente de la policía secreta en Moscú, y un hombre de confianza en Petersburgo, el padre Gapón.

(1) Volín: *La revolución desconocida*, *Campo abierto*. Savinov: *Memorias de un terrorista*, Editorial Cenit, 1931. Memorias del cura Gapón, Editorial Cenit, 1931. Bertram D. Wolfe: *Three who made a revolution*. David Shub: *Lenine*, Gallimard. Recuerdos sobre Lenine, Krupskaya.

Las secciones del activista capellán pronto se verían confrontadas con la ruda realidad. Las tímidas reivindicaciones salariales desencadenaron una dinámica que culminaría con la sangrienta manifestación del 9 de enero.

Todo empezó con el despido de cuatro trabajadores de la fábrica Putilof. Gapón había recibido la promesa del gobernador de Petersburgo, Fulón, de que sus obreros no sufrirían ningún tipo de persecución. A partir de este despido se inicia un movimiento huelguístico, al que Gapón tiene que apoyar si no quiere verse despreciado, que culminará con la primera gran huelga general en Rusia.

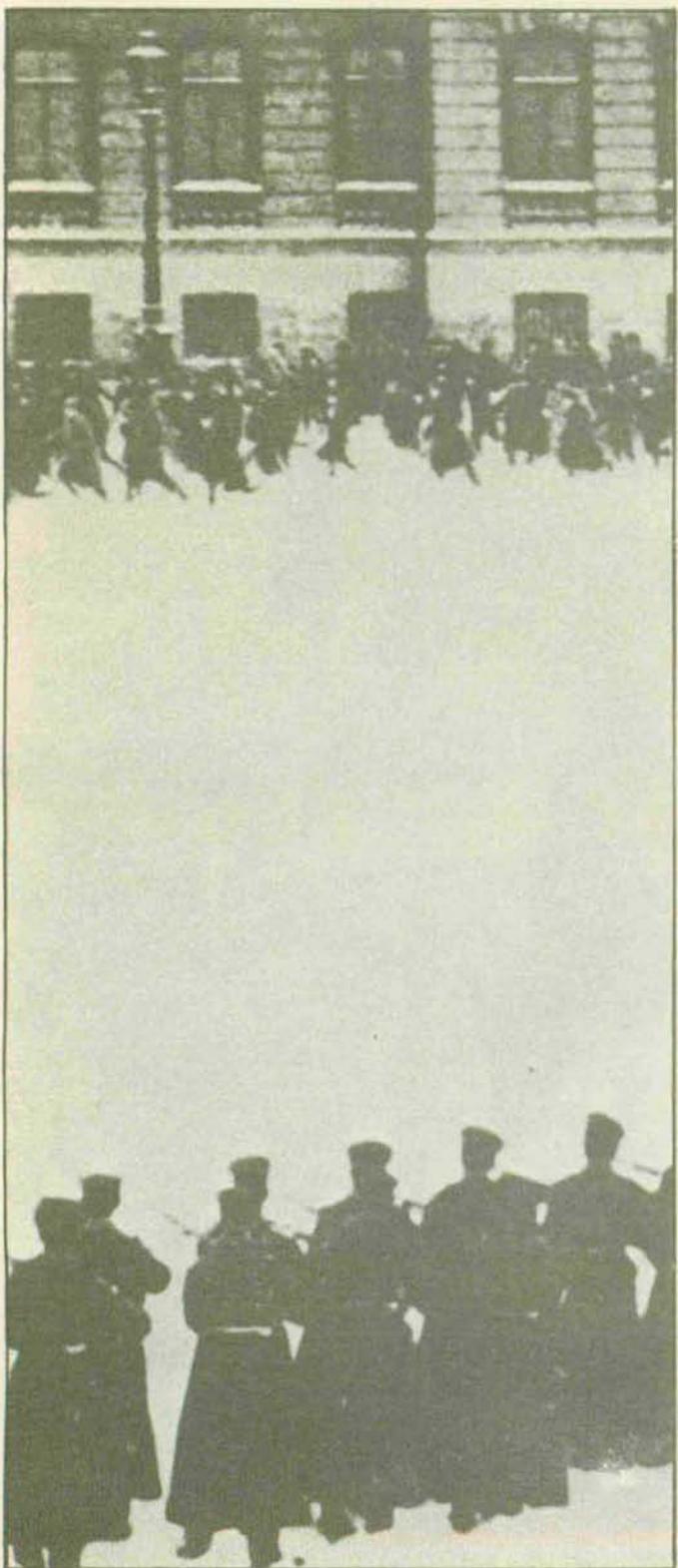
El 2 de enero se decidió la huelga en la fábrica Putilof, a partir de ahí el paro se extendió como reguero de pólvora. Una tras otra las fábricas cerraban puertas. Según cálculos oficiales el 4



Los socialdemócratas, que desde el 1903 se habían constituido en partido, desarrollan una intensa obra de capacitación y proselitismo en los medios obreros, introduciendo clandestinamente en el país, miles de periódicos, folletos, libros y todo tipo de propaganda. (Manifestación a orillas del Neva, frente a la fortaleza de Pedro y Pablo, en San Petersburgo, 1905.)

de enero se hallaban en huelga unos 15.000 obreros, del 8 en adelante los huelguistas sumarían más de 125.000.

Durante esas jornadas la actividad de Gapón parece inagotable. Pronuncia más de veinte mítines y conferencias en centros culturales e iglesias. De repente de entre la muchedumbre alguien lanzó la idea de hacer algo grande.



El 9 de enero, un domingo, blancas de nieve las calles, miles y miles de trabajadores, con sus esposas e hijos, ataviados con sus trajes de fiesta, irrumpieron en la ciudad, llevando imágenes religiosas y estífiges del zar. (La multitud acosada por las tropas zaristas, el 9 de enero de 1905.)

Algo que conmueva al país, que sacuda a la dormida opinión. Las jornadas reivindicativas habían sido un total y verdadero éxito. Los trabajadores de Petersburgo se lanzaron a la calle como un solo hombre. La muchedumbre estaba embriagada por el éxito. Por doquier se oían gritos de victoria. La idea de una acción colectiva resonaba en todas las gargantas: era preciso que el zar supiera lo que ocurría. Tenía que saber en las condiciones infrahumanas que trabajaban sus hijos. Su magnanimitad no podía tolerar que se tratase con mano tan ruda al pueblo ruso. El zar era bueno. Los malos, los culpables de cuanto le pasaba al pueblo, eran los cortesanos.

Empujado por los acontecimientos y por la presión de los trabajadores, Gapón accedió a redactar una petición al zar. Los obreros todos, tenían las esperanzas puestas en el pope; se sentían protegidos.

A la par que se redactaba la petición al zar, inspirada por los socialistas revolucionarios, el gobernador Fulón trataba de parar el movimiento haciendo readmitir a uno de los obreros despedido y amenazando con detener a Gapón. Los dados estaban echados, y la conversación telefónica que sostuvieron ambos nos recuerda la que el general Mola sostuvo con el jefe del gobierno de la República en las primeras jornadas de nuestra guerra civil: no se puede dar marcha atrás sin traicionar a sus propios partidarios.

En la súplica al zar se pedía la libertad e inviolabilidad de los derechos de las personas. Libertad de palabra, de prensa, de asociación, de conciencia en materia religiosa. La separación de la Iglesia del Estado. La instrucción gratuita general y obligatoria. La igualdad de todos los individuos, sin excepción, ante la ley. Libertad de organización obrera con fines cooperativos y reglamentación de los asuntos profesionales. Jornada de trabajo de 8 horas, recordaremos que la jornada podía llegar hasta 15, libertad de lucha entre capital y trabajo. Participación de la clase laboriosa en la elaboración de una ley de seguros obreros del Estado. La petición, pese a su tono suplicante, y a los términos de total adhesión al zar, no deja de tener un contenido que bien podríamos llamar revolucionario para la mentalidad autocrática del régimen.

«Que nuestras vidas sean un holocausto por la Rusia agonizante; no lamentaremos el sacrificio. Con alegría las ofrecemos», con estas sumisas palabras terminaba la petición al zar. El 9 de enero, un domingo, blancas de nieve las calles, miles y miles de trabajadores, con sus esposas e hijos, ataviados con sus trajes de fiesta, irrumpieron en la ciudad, llevando



Gapón mantuvo estrechas relaciones con el jefe todopoderoso de la policía política, Zubetof —con el que aparece en la fotografía— del que reconoce haber aceptado sumas de dinero.

imágenes religiosas y efigies del zar. La gente no mostraba ningún tipo de violencia, caminaba tranquila, segura que iba a cumplir una acción totalmente lícita. Iban a presentar una súplica al padre de todos los rusos. El pueblo, fiel servidor del zar, se dirigía humilde y suplicante a su dueño y señor.

La manifestación avanzaba con el canto «Señor, salva a tus siervos, a nuestro emperador Nikolai Alexándrovich».

Nicolás II no se hallaba en el Kremlin. Se había ido de la capital. Con su familia pasaría el fin de semana en una finca de los alrededores. Aquel domingo los soldados, en su mayoría cosacos y campesinos, han recibido doble ración de vodka. De repente los manifestantes fueron literalmente segados por las ráfagas de las ametralladoras y de los fusiles. Los que no caían muertos eran rematados a golpes de bayoneta. El alcohol surtió el efecto esperado. Más de 500 muertos y unos 3.000 heridos. Los cuerpos mutilados, destrozados, cubrían las blancas calzadas heladas. La matanza del 9 de enero fue un aldabonazo mortal para la autocracia. Perdido el respeto y la admiración por el zar, el pueblo ya no se sometería más. Con la sangrienta represión del «Domingo rojo», Nicolás II había firmado su pena de muerte.

El padre Gapón yace sobre la nieve acurrucado y convulso. Un ingeniero de la fábrica Putilof, Rutenberg, que desempeñará un papel decisivo en el destino final del ex capellán, lo

levanta, lo acerca a un soportal y con una tijera le corta barbas y cabellos al azorado pope. Con la ayuda de unos obreros le ponen nuevas ropas, y lo oculta en casa de Gorki. Al cabo de unos días el héroe del 9 de enero era un emigrante más que paseaba su derrota y su melancolía por las calles de Ginebra, París o Londres...

Antes de huir Gapón redactará dos manifiestos, uno de los cuales fue considerablemente modificado por Rutenberg, y el otro que lleva el sello de su personalidad:

«¡Mi maldición para los soldados y oficiales que han asesinado a nuestros hermanos inocentes, a sus mujeres e hijos! ¡Mi bendición para los soldados que ayudarán al pueblo a lograr su libertad y su derecho! Quedan libres de su juramento de fidelidad al zar traidor, que ha dado la orden de verter sangre inocente!»

En el otro manifiesto Gapón exhorta a los obreros a la huelga general y permanente hasta que no se consiga la libertad y preconiza, con un lenguaje violento, el uso de la bomba y la dinamita, y el robo de armas y víveres. Terminando con «un viva la libertad próxima del pueblo ruso».

GAPON EN EL EXILIO

No todos los dirigentes de la socialdemocracia lo recibieron con los brazos abiertos. Víctor Adler, el jefe de la socialdemocracia austriaca

comentaba con cierta amarga ironía el exilio de Gapón: «¡Es lástima!... Hubiera dejado mejor recuerdo en la historia desapareciendo misteriosamente, como surgió... Hay hombres a quienes vale más tener de mártires de la causa que de compañeros de viaje...».

El veterano marxista ruso, Plejanov se negó a recibirla. Lenin, más pragmático y a la caza de noticias frescas se entrevistó varias veces con el ex capellán. E incluso escribió que si inicialmente Gapón, por sus relaciones con las autoridades había despertado cierto recelo en los socialdemócratas, al llamar traidor al zar lo colocaba frente al autocratismo y no se le podía considerar más como a un agente de la policía. La acción que el cura había desencadenado lo arrastró totalmente.

En los «Recuerdos sobre Lenin», Krupskaya cuenta: «Gapón era un pedazo vivo de la revolución que se levantaba en Rusia, un hombre intimamente relacionado con las masas obreras, que tenían en él una confianza ciega, y, por eso, la entrevista que Ilitch tenía concertada con él, no podía dejar de agitarle».

A Lenin le interesaba la entrevista que sostuvo con el cura y otros exiliados de origen campesinos, pues ellos eran la viva expresión del estado de espíritu de las masas campesinas. Dándose cuenta de las limitaciones intelectuales del ex pope, Lenin le manifestó que si quería incorporarse a la lucha tenía que empezar por estudiar. «No prestéis oídos a la adulación, compadre, hay que estudiar; he aquí a dónde iréis a parar. Y le apunté para debajo de la mesa.»

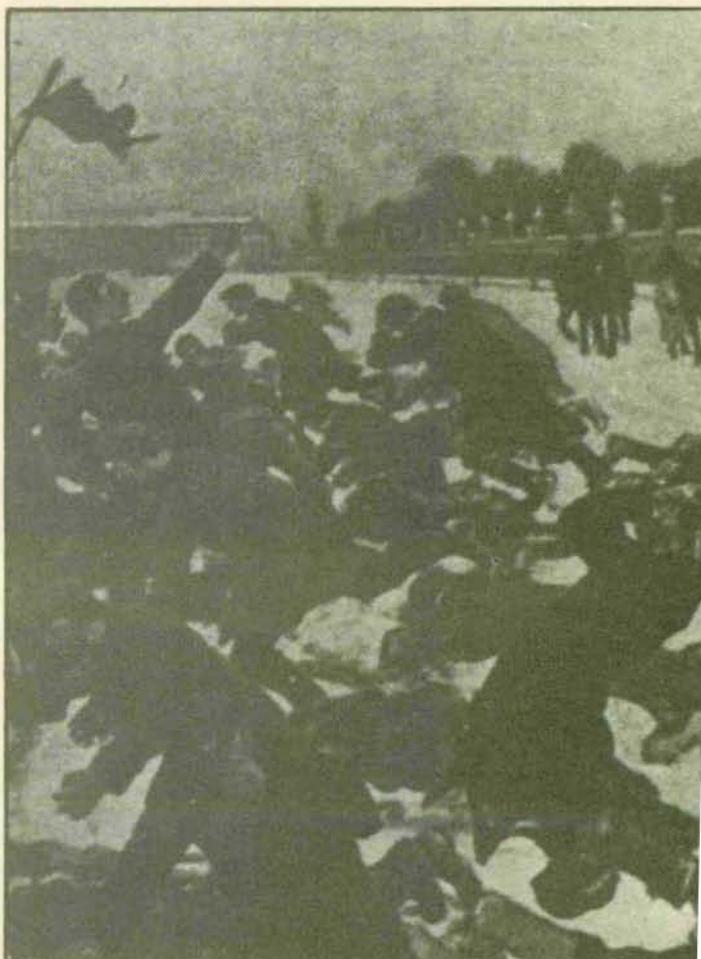
El 8 de febrero Lenin escribía en el *Vperiod*: «Hacemos votos por que Jorge Gapón, que ha vivido de un modo tan profundo la transformación revolucionaria de un pueblo políticamente inconsciente, consiga adquirir la clara concepción revolucionaria necesaria para un hombre político».

La verdad es que estudiar Gapón no sabía... Siguiendo el consejo de Lenin trató de leer a Plejanov, pero los libros se le caían de las manos. Se le había subido a la cabeza los humos de líder y a toda costa quería que las diversas facciones de exiliados se unieran, y lucharan todos juntos contra el zarismo. Mediante declaraciones a la prensa, entrevistas, artículos que le eran muy bien pagados, así como lo que ganó con la publicación de sus *Memorias*, recaudó grandes sumas de dinero que se le iban

en borracheras, cabarets y mujeres de mal vivir. Junto con los socialistas revolucionarios contribuyó, a la adquisición de un buque de armas, el *John Grafton*.

El cargamento libertador no llegó a buen puerto: el *John Grafton*, se hundió en los arrecifes de las costas del norte. La idea de regresar a Rusia rondaba en la cabeza del ex pope. Cuenta Savinkov en *Memorias de un Terrorista* que Gapón vivía continuamente atemorizado por la idea de ser ejecutado si regresaba al país. Tenía real pánico a la muerte, al punto que por las noches le asaltaban tremendas pesadillas. El ex capellán, que mantenía relaciones estrechas con los socialistas revolucionarios, en varias ocasiones había manifestado su deseo de incorporarse a la vida clandestina, por eso a nadie extraño cuando se supo que Gapón a fines del 1905 o comienzos del 1906 se hallaba en Moscú.

Movido por la melancolía, roída el alma por ese sentimiento de culpabilidad tan ruso, por esa necesidad de confesión que caracteriza a los eslavos, recuérdese la *Confesión* de Bakunin, o el Raskolnikov de *Crimen y Castigo*, Gapón se puso en relación con la Okrana para gestionar su retorno a Rusia. La policía exigió a cambio que delatara a algunos activistas socialistas revolucionarios, a lo que accedió.



Aquel domingo los soldados, en su mayoría cosacos y campesinos, han recibido doble ración de vodka. De repente los manifestantes fueron literalmente segados por las ráfagas de ametralladoras y de fusiles. Los que no caían muertos eran rematados a golpes de bayoneta. El balance: más de 500 muertos y 3.000 heridos. (La matanza ante el Palacio de Invierno, vista por el dibujante del «London News, Illustrated».)

Gapón quiso comprometer en su empresa delatora a Rutenberg, el ingeniero de Putílof que le había salvado la vida y organizado su fuga de Rusia. El 6 de febrero en Moscú, el cura le propuso que ingresara al servicio de la policía y junto con él delatar a la Organización de Combate de los socialistas, por lo cual el gobierno había prometido 100.000 rublos.

Rutenberg comunicó la noticia al Comité Central del partido socialista. En una reunión a la que asisten los máximos representantes del partido: Chernov, Stenbek, Savinkov y Azev, responsable de la Organización de Combate y agente igualmente de la policía. En esa reunión se decidió dar muerte a Gapón, pero se consideró que había que matarle junto con el jefe de policía, Rachkovski, con el cual tenía que entrevistarse Rutenberg, con objeto de desenmascarar al cura a los ojos de la opinión, y evitar así que se considerase a la acción como un ajuste de cuentas. La misión recayó sobre Rutenberg. El hombre que le había salvado la vida en aquella fría mañana del 9 de enero. El amigo y colaborador, tenía que dar muerte a uno de los símbolos de la revolución. Estamos en plena trama dostoievskiana. Los actores, terroristas convencidos, hombres dispuestos a matar y entregar sus propias vidas en aras de la Revolución, creen obedecer

a sus impulsos, ser libres en sus decisiones y son movidos cual títeres por la mano oculta de la Okrana, Azev.

Rutenberg se presentó a la cita convenida, y al ver que a la hora precisa nadie acudía, salió huyendo hacia el extranjero. El plan minuciosamente preparado por Azev, había fracasado. Sin embargo, Rutenberg no se dio por vencido. Desobedeciendo las consignas del partido en las que se especificaba que había que matar a Gapón y al jefe de policía, tras unos días en el extranjero, el ingeniero daría por fin muerte a Gapón.

El 22 de marzo de 1906 Rutenberg dio cita al cura en una casa de campo de Ozerki, cerca de Moscú. Previamente tuvo una reunión con un grupo de obreros que habían colaborado en la marcha del «Domingo rojo», y les puso al corriente de las conversaciones que había tenido con Gapón. Los obreros en un principio no le creyeron. Les propuso convencerse de la veracidad de sus palabras, y sólo entonces matarle. Uno de dichos obreros esperó a Gapón y Rutenberg en la estación, como cochero. Mientras se dirigían a la casa de campo dicho obrero oyó desde el pescante la conversación, en la que el cura proponía a Rutenberg que entrara en la policía. Lo mismo se repitió en la casa de campo. En una de las habitaciones tras de una puerta cerrada, algunos obreros oyeron la conversación del ingeniero y el cura. Este nunca habló con tanto cinismo como en aquella ocasión. Cuando terminaron la conversación, Rutenberg abrió de repente la puerta e hizo entrar a los obreros. A pesar de las súplicas de Gapón, los obreros le ahorcaron inmediatamente en el gancho de una percha.

Tampoco Rutenberg podía sustraerse a los remordimientos, y a las culpas, durante años la muerte de Gapón le persiguió incansable y acusadora. «Lo veo en sueños... Lo tengo siempre presente. Figúrate —le decía a Savinkov, quien lo relata en las *Memorias* citadas—, yo lo salvé el 9 de enero... ¡Y ahora cuelga de la percha!». El cuerpo de Gapón no fue descubierto por la policía hasta un mes después de su muerte.

Gapón, juguete del destino al fin, abrió con el sangriento Domingo rojo, un proceso que culminaría con la Revolución de Octubre. La matanza del 9 de enero quebró en el corazón del pueblo la imagen del idolatrado, respetado y querido zar. El baño de sangre no aterrorizó a la clase trabajadora. En el 1905 se suceden una serie de huelgas y manifestaciones que culminará con el *Soviet de Petersburgo*. El pueblo ha perdido el temor. La muerte de Nicolás II está firmada. ■ L. P.

